

América Latina como Un Socio Estratégico Futuro

Desarrollar una Nueva Relación entre Estados Unidos y América Latina

STEPHEN D. OKIN

Introducción

Una de las características determinantes de las relaciones internacionales durante las siete décadas pasadas ha sido la alianza entre Estados Unidos y Europa. A pesar del siempre cambiante entorno de amenaza global, la relación transatlántica sigue siendo un componente fundamental de la seguridad estadounidense y europea; Estados Unidos y Europa colaboran en una amplia gama de temas y desempeñan un papel central en el modelado de las reglas y normas globales que refuerzan los intereses occidentales. La amplitud, profundidad y durabilidad de la alianza son extraordinarias y se convierten en un tema digno de estudio para los actuales profesionales de política exterior. En particular, a la luz de su éxito, es lógico estudiar cómo se desarrolló la relación, por qué ha durado tanto, y si se podría formar un vínculo semejante entre Estados Unidos y otra región.

En este aspecto, es muy constructiva la aproximación anglo-americana de principios del siglo veinte, que ha catalizado la formación de una nueva relación entre Estados Unidos y Europa Occidental. Usando como marco el acercamiento, este artículo sostiene que es posible una nueva relación entre Estados Unidos y América Latina modelada a partir de la existente entre Estados Unidos y Europa. Los acontecimientos dentro del hemisferio durante la última década sugieren que Estados Unidos y América Latina pueden establecer una relación basada en más que simplemente intereses geopolíticos compartidos. Los valores comunes, la fusión de culturas y la expansión de vínculos entre los pueblos estadounidense y latinoamericano ofrecen acercarlos más. Por otro lado, el aumento del gasto de defensa entre los países latinoamericanos daría a tal relación una importancia estratégica.

Es oportuno evaluar las posibilidades futuras de las relaciones estadounidenses-latinoamericanas en vista de la cambiante política mundial y regional. La orientación de Washington hacia Asia y el foco continuo hacia el Oriente Medio amenaza dejar su política hacia América Latina en otra generación de descuido benigno. Simultáneamente, el impresionante desarrollo de América latina, junto con la desconfianza tradicional en la política estadounidense y la atracción de las potencias emergentes competidoras, le dan a la región la confianza para trazar un curso independiente. Como consecuencia, en la última década se ha producido un alejamiento entre EE.UU. y América Latina. Sin embargo, las relaciones futuras no tienen que continuar esta tendencia. Existen alternativas, y una relación modelada a partir de la alianza EE.UU.-Europa es un ejemplo. Tal cambio en las relaciones ofrece no solo recompensas importantes para ambas partes, sino que también es realísticamente posible. Los cambios que están ocurriendo en el hemisferio proporcionan una base sólida para que América Latina sea para Estados Unidos lo que Europa es hoy: un socio estratégico vital. Lo que falta es la voluntad política y el liderazgo para realizar esta visión.

La importancia del acercamiento anglo-americano

El orden internacional occidental que gobierna los asuntos globales de hoy no era inevitable. Refleja una serie de decisiones, que datan de más de un siglo, para alinear los intereses de las grandes democracias liberales. Reemplazar la hostilidad que impregnaba los asuntos transatlánticos con una cultura de confianza y admiración mutua era una tarea trascendental. Pero hacia fines del siglo diecinueve, dos acontecimientos importantes avanzaron el acercamiento, gradualmente pero sin cesar. El primero fue la distribución cambiante del poder en el sistema internacional. Gran Bretaña, por mucho tiempo la piedra angular del mantenimiento del equilibrio pacífico del poder en Europa, estaba en declive relativo.¹ Además de la tradicional rivalidad con Francia, Londres enfrentaba la competencia de potencias emergentes como Estados Unidos, Rusia y Japón. El poderoso imperio británico no podía confrontar a estos aspirantes de la condición de gran potencia, un hecho que el almirantazgo explicó a la Oficina de Relaciones Exteriores en un memorándum de 1901.

Sin ayuda, Gran Bretaña difícilmente puede esperar ser capaz de mantener en las estaciones del Caribe, el Pacífico y América del Norte, escuadrones suficientemente poderosos para dominar a los de Estados Unidos y al mismo tiempo controlar el mar en las aguas nacionales, el Mediterráneo, y los mares orientales, donde es esencial que mantenga su predominio.²

Obligada a dar prioridad a sus intereses, Londres comenzó a buscar maneras de mejorar su posición estratégica. Entre sus muchas conclusiones estaban las decisiones de Whitehall para iniciar un acercamiento con Estados Unidos y entrar en una alianza con Japón. Aunque elegidas como parte de la misma meta final — reducir las obligaciones de Londres en ultramar — las historias divergentes de estas dos políticas resaltan lo que sería el segundo evento que estimuló el acercamiento anglo-americano: el creciente reconocimiento de los lazos culturales que compartían Estados Unidos y Gran Bretaña.

Al final del siglo diecinueve, muchas élites en ambos lados del océano creían en el popular mito teutón que sostenía que la sangre aria era la única fuerza civilizadora en la historia humana. Esta sangre se había diluido en la mayoría de culturas pero se mantenía intacta y pura en el linaje anglosajón.³ Siguiendo esta línea de razonamiento, esta herencia racial común reforzó la idea de que los ingleses y estadounidenses eran simplemente miembros separados de la misma familia; y por lo tanto los dos países deberían cooperar en lugar de competir. El Primer Ministro Británico Arthur Balfour habló en nombre de sus compatriotas en 1896 cuando dijo, “La idea de guerra con Estados Unidos lleva consigo algo del horror antinatural de una guerra civil. . . Llegará la hora, debe llegar, en que alguien, algún estadista con autoridad . . . establecerá la doctrina que entre la gente de habla inglesa la guerra es imposible”.⁴ El Presidente Theodore Roosevelt reciprocó este sentimiento en una carta de 1905 a Arthur Lee, ex agregado naval y lord civil del almirantazgo. En ella dijo, “Ni siquiera deben preocuparse de la pesadilla de una posible competencia entre las dos grandes poblaciones de habla inglesa”. “Creo que es prácticamente imposible ahora, y que seguirá siendo así a medida que pasen los años. Al mantenernos listos para la posibilidad de guerra ni siquiera tomo en cuenta una guerra con Inglaterra. La considero como imposible”.⁵

Compare estas declaraciones con la suerte de la alianza anglo-japonesa, que duró 19 años antes de disolverse debido a consideraciones sobre su impacto en las relaciones anglo-americanas. Firmada originalmente como defensa contra la expansión rusa en el Lejano Oriente, hacia 1921 el tratado ya no era considerado de beneficio para el Reino Unido porque ponía a Londres en conflicto directo con la política de Washington en Asia. Una comunicación confidencial estadounidense delineaba la decisión que debía tomar Londres sobre renovar la alianza o no,

Al tomar su decisión a favor o en contra de la renovación de esta alianza, Gran Bretaña elegirá entre Japón, “intereses especiales” e imperialismo, por un lado, y Estados Unidos, la política de “puerta abierta” y la consolidación anglosajona, por el otro. Debe elegir entre una asociación temporal con una autocracia oriental, basada en el principio de “dividir y gobernar”, y la cooperación amistosa con su pariente más cercano (en raza, conceptos legales, y prácticas económicas), basada en el principio de igualdad de oportunidad comercial y consideración de los derechos de las naciones grandes y pequeñas (o débiles).⁶

Estados Unidos sería aliado estratégico de Gran Bretaña no solo porque necesite amigos a la luz del mayor número de desafíos, sino porque culturalmente no tiene sentido que sean enemigos. Tal como señala un estudioso de la era, “Por razones de geografía, raza e ideología, Estados Unidos, a pesar de su larga tradición de anglofobia, parecía más adecuado para este rol [acercamiento] que cualquier otra potencia”.⁷

De esta amistad surgió un mayor acercamiento entre EE.UU. y Europa. Durante el próximo medio siglo, un estado europeo después de otro vio el beneficio de alinearse con Estados Unidos hasta que, para el momento de la Guerra Fría, casi toda Europa Occidental era aliada estadounidense. Aunque estas lealtades fueron siempre iniciadas por intereses estratégicos, eran intereses informados y se mantenían por el reconocimiento de que Estados Unidos y Europa son esencialmente dos caras de la misma moneda cultural e ideológica. Siendo tanta gente en Estados Unidos de origen o ascendencia europea, era natural para ambos lados verse simplemente como parientes separados. Hay una razón por la que la alianza entre Estados Unidos y Europa ha sobrevivido por tanto tiempo después del colapso de la Unión Soviética. Su ascendencia compartida ha mantenido cerca a los dos lados.

América Latina como un socio estratégico futuro

Aunque no es una réplica exacta de la situación geopolítica actual, esta narrativa puede compararse a muchas de las transformaciones importantes que ocurren hoy en Estados Unidos y América Latina. La primera transformación es el desplazamiento del poder de Estados Unidos y sus aliados a otras partes del globo. El que este desplazamiento sea permanente y presagie el fin del Siglo Estadounidense o sea simplemente un momento temporal de debilidad occidental es discutible. Pero lo que es inevitable es la conclusión que por ahora, Estados Unidos está en declive relativo. Al mismo tiempo, los compromisos estadounidenses están aumentando en lugar de disminuir. Los continuos conflictos en el Oriente Medio y las presiones agresivas y revisionistas de Beijing y Moscú están estirando los recursos estadounidenses mientras que en casa se les recorta. El resultado es que se obliga a Washington a hacer más con menos, una propuesta insostenible. Por consiguiente, al igual que Gran Bretaña al final del siglo veinte, Estados Unidos podría usar alguna ayuda para mejorar su posición estratégica.

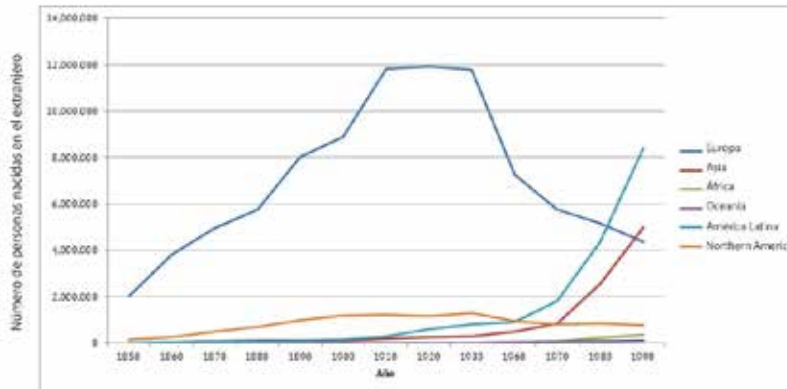


Figura 1. Cambio en el número de nacidos en el extranjero por región. (Datos extraídos de Campbell Gibson y Emily Lennon, “Region of Birth of the Foreign-Born Population: 1850 to 1930 and 1960 to 1990 (Región de nacimiento de la población nacida en el extranjero: 1850 a 1930 y 1960 a 1990)”, Oficina de Censos de los Estados Unidos, 9 de marzo de 1999, <http://www.census.gov/population/www/documentation/twps0029/tab02.html>.)

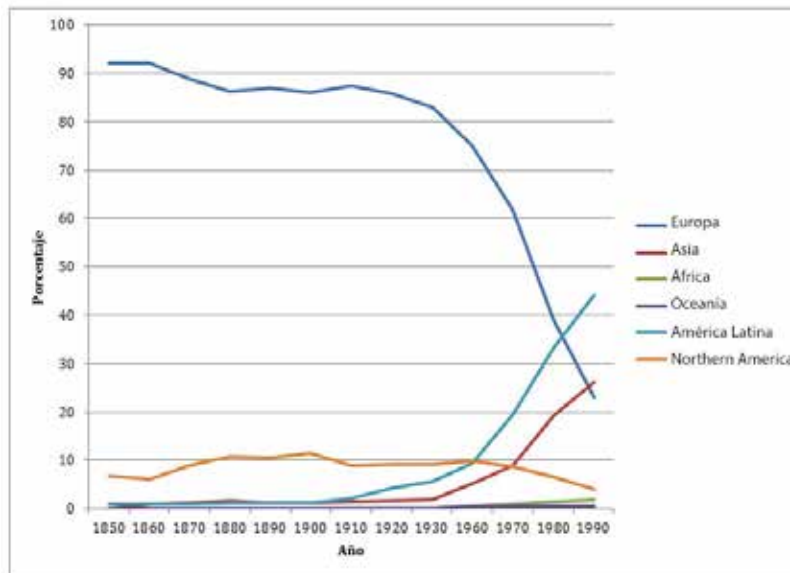


Figura 2. Cambio en el porcentaje de nacidos en el extranjero por región. (Datos extraídos de Campbell Gibson y Emily Lennon, “Region of Birth of the Foreign-Born Population: 1850 to 1930 and 1960 to 1990 (Región de nacimiento de la población nacida en el extranjero: 1850 a 1930 y 1960 a 1990)”, Oficina de Censos de los Estados Unidos, 9 de marzo de 1999, <http://www.census.gov/population/www/documentation/twps0029/tab02.html>.)

El segundo cambio importante es su cambiante demografía. Según el censo de 2010, en Estados Unidos viven más de 50 millones de hispanos, representando aproximadamente el 16 por ciento de la población y convirtiéndose en la mayor minoría de Estados Unidos.⁸ Incluso más impresionante es el crecimiento que esto representa; en 2000 solo habían 35 millones de hispanos en Estados Unidos, es decir que entre 2000 y 2010 se ha crecido 43 por ciento. Además, en 2011 nacieron más niños no blancos que blancos.⁹ Dadas estas tendencias, los datos del censo ahora predicen que en 2050 Estados Unidos tendrá el mayor número de personas de habla hispana que cualquier país del mundo.¹⁰ La magnitud de este cambio poblacional puede verse en el cambio de número y porcentaje de personas nacidas en el extranjero que vienen de América Latina en comparación a Europa (figuras 1 y 2).

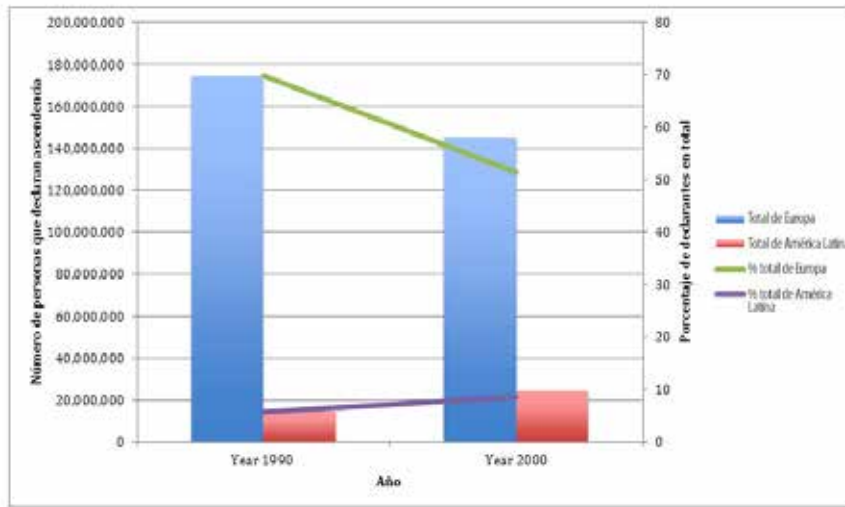


Figura 3. Cambio en el número y porcentaje de personas que declaran ascendencia europea y latinoamericana. (Datos extraídos de Angela Brittingham y G. Patricia de la Cruz, “Ancestry: 2000 (Ascendencia: 2000)”, Oficina de Censos de los Estados Unidos, junio de 2004. <http://www.census.gov/prod/2004pubs/c2kbr-35.pdf>.)

Una tendencia similar en la población total del país se revela en las respuestas de las personas que declaran una ascendencia específica en los censos de 1990 y 2000 (figura 3).

Como demuestran estas cifras, la magnitud absoluta y relativa de las poblaciones hispanas en Estados Unidos que han nacido en el país y en el extranjero está creciendo. La importancia potencial de este acontecimiento es inmensa. Aunque la sabiduría convencional sostiene que no hay ninguna forma de gobierno “Hispano” en Estados Unidos, la investigación reciente sugiere lo contrario. En 1989 la Encuesta Política Nacional de Latinos (LNPS) encontró que pocos hispanos en Estados Unidos se consideraban parte de un grupo pan-étnico. Para 2006 esto había cambiado dramáticamente; la LNPS de ese año reveló que el 87,6% de los que contestaron pensaban que pertenecían a una identidad hispana pan-étnica de forma “algo fuerte” o “muy fuerte”.¹¹ La aparición de una identidad hispana compartida, junto con el rápido crecimiento demográfico del grupo, sugiere la importancia creciente de una “captura hispana” de las políticas nacionales y extranjeras estadounidenses en el futuro cercano. Tal influencia se ampliaría a las relaciones estadounidenses-latinoamericanas. Si la ascendencia y la cultura compartidas hicieron posible la alianza estadounidense-europea, lo mismo podría ser cierto para una alianza estadou-

nidense-latinoamericana. Cada año, el pueblo estadounidense se identifica como y parece un poco más latino y un poco menos europeo. Es posible que con el tiempo, una proporción creciente de estadounidenses vea a sus contrapartes en América Latina como simplemente parientes separados.

La democratización gradual de América Latina refleja los cambios en la demografía estadounidense. Hoy, la región es la tercera área más democrática del mundo, después de América del Norte y Europa.¹² El Mapa de Libertad de 2014 de la Freedom House pone este evento en un llamativo contexto visual: América Latina, como un grupo de estados libres y parcialmente libres, se parece bastante a Europa (figura 4). Si usted cree que la composición interna de un estado afecta sus preferencias de política exterior, al continuar esta tendencia (junto con la demografía cambiante de Estados Unidos), resulta cada vez más posible que las similitudes culturales e ideológicas entre Estados Unidos y América Latina abarquen el ámbito estratégico.¹³

Este potencial para alcance estratégico hace que el reciente aumento en el gasto de defensa en América Latina sea verdaderamente importante. El surgimiento de la región como un compatriota democrático y cultural del Oeste sería un logro considerable en cualquier contexto. Pero es incluso más importante considerarlo dentro del contexto del armamentismo en la región. Dicho de otra forma, el incremento del gasto sugiere que América Latina puede pasar de ser un consumidor de seguridad a ser un proveedor de seguridad. Esto lo convierte en un socio aún más atractivo para Washington, que limitado por el presupuesto busca conciliar los fines y medios en el extranjero.



Figura 4. Mapa de libertad. (Cortesía de Freedom House, "Map of Freedom," 2014 (Mapa de libertad), <http://www.freedomhouse.org/sites/default/files/MapofFreedom2014.pdf>.)

Los números pintan un cuadro impresionante.¹⁴ En 2013 los países latinoamericanos gastaron en promedio 71 por ciento más en defensa que en 2004. Para la región como un todo, el gasto total aumentó de 49 mil millones a 79 mil millones de dólares, un aumento de 60 por ciento. En comparación, durante este período el gasto de defensa estadounidense aumentó aproximadamente 12 por ciento. Entretanto, a través del Atlántico, los miembros europeos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) gastaron en promedio 5 por ciento *menos* en 2013 que en 2014. El gasto total de la parte europea de la OTAN para este período declinó

6,5 por ciento de 311 mil millones a 290 mil millones de dólares. Poniendo los números lado a lado, es claro que América Latina está cerrando lentamente la brecha con Europa (figura 5). Y, aunque muchos países latinoamericanos comienzan desde un nivel bajo de gasto, para algunos este aumento de gastos ha convertido los presupuestos de defensa en verdaderamente considerables. Por ejemplo, Brasil incrementó su gasto de defensa de 24,5 mil millones de dólares en 2004 a 36 mil millones en 2013, colocándolo cerca de los 10 presupuestos de defensa más grandes del mundo.

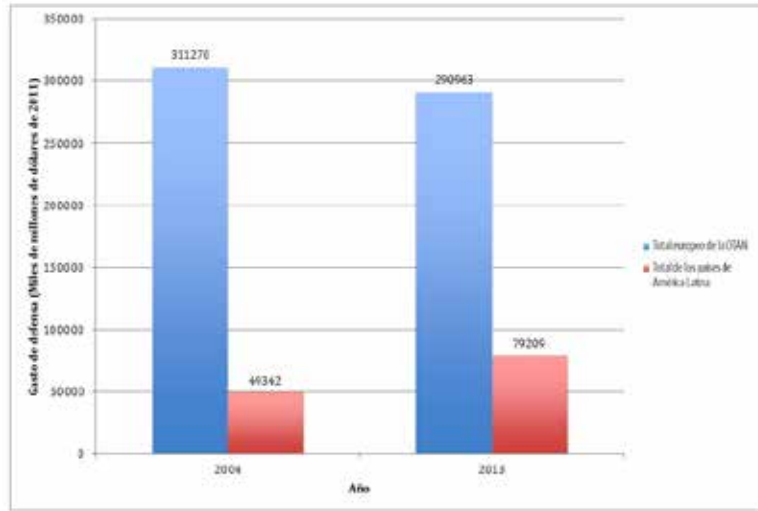


Figura 5. Gasto de defensa, 2004 y 2013. (Información del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), http://www.sipri.org/research/armaments/milex/milex_database/milex_database.)

Este crecimiento del gasto ha sido sostenible. Los países latinoamericanos gastaron en promedio 1,29 por ciento de su Producto Bruto Interno (PBI) en defensa en 2013, un incremento en relación al 1,26 por ciento de 2004 (figura 6). Solo Colombia (3,4 por ciento) gasta más del 2 por ciento. Esto ofrece a los gobiernos de la región la capacidad de aumentar el gasto en el futuro sin disparar el presupuesto. Si, por ejemplo, la región fuera a igualar el gasto promedio europeo en términos del PBI de 2013 que fue de 1,46 por ciento, el gasto militar total de América Latina se aproximaría a 100 mil millones de dólares. En otras palabras, el potencial del crecimiento de la región para gasto de defensa es fuerte.

Se espera un crecimiento sostenido porque América Latina necesita fuerzas de defensa robustas. Aunque hay poca tensión entre los países de la región, muchos gobiernos aún se enfrentan a las redes criminales transnacionales que amenazan la seguridad del estado y sus ciudadanos. Adicionalmente, en varios estados, como Brasil, México y Colombia, aumenta el sentimiento de que ellos tienen un papel de liderazgo en los asuntos internacionales y quieren los medios para ejercer sus objetivos de política. Por ejemplo, Brasil ha liderado la misión de pacificación de las Naciones Unidas en Haití desde 2004, mientras que el Presidente Enrique Peña Nieto anunció este año en la Asamblea General de las Naciones Unidas su intención de desplegar fuerzas mexicanas para misiones de mantenimiento de la paz en el futuro cercano.¹⁵ Colombia, por su parte, no solo solicitó unirse a la OTAN en 2013 (la solicitud fue rechazada cortésmente) sino que también ha enviado oficiales antinarcóticos con experiencia para adiestrar unidades en Afganistán, exportando de esa manera el conocimiento aprendido en décadas de lucha contra las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).¹⁶

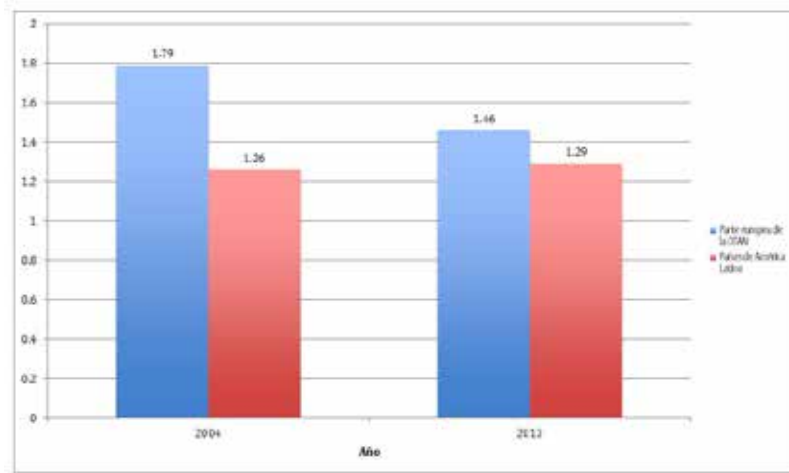


Figura 6. Gasto de defensa como % del PBI para 2004 y 2013. (Información del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), http://www.sipri.org/research/armaments/milex/milex_database/milex_database.)

Estos movimientos de política muestran que América Latina no solo está cerrando la brecha con Europa en gasto, sino también en ambición. Esto no implica que las capitales latinoamericanas proyectarán unilateralmente poderío global en el corto plazo. Las condiciones materiales y políticas en el área simplemente no apoyan tales políticas (aunque eso puede cambiar con el tiempo). Pero, la creciente capacidad militar y confianza propia de muchos estados latinoamericanos sugiere una mayor voluntad y capacidad de contribuir a soluciones de seguridad multilaterales. El resultado es que la región parece ser cada vez más un socio atractivo, viable y fuerte para Estados Unidos en la continuación de su papel de proveedor de seguridad global.

Conclusión

El conocido historiador naval Philip Crowl escribió una vez que usar la historia para predecir el futuro es un recado de tontos. “El presente nunca es exactamente análogo al pasado”, escribió él, “y quienes extraigan analogías simples entre el pasado y el presente están condenados al fracaso”.¹⁷ Pero como historiador, Crowl no iba a desechar completamente la importancia de su profesión para la política moderna. La historia, dijo él, “nos ayudará a hacer las preguntas correctas para que podamos definir el problema— sea lo que sea”. En otras palabras, la historia puede ayudarnos a entender nuestra situación presente y actúa como un ejemplo contra el que podemos comparar las propuestas de política.

El acercamiento anglo-americano funciona en este modelo. Hay muchas similitudes entre las circunstancias de fines del siglo diecinueve y de hoy, pero no hay una correspondencia exacta. El Estados Unidos de hoy es mucho más fuerte respecto a sus competidores de lo que era el Reino Unido al final del siglo veinte. Por lo tanto, es mucho menos imperioso que Washington encuentre nuevos aliados estratégicos. Además, Estados Unidos ya posee una red fuerte y robusta de alianzas y está en el centro de un sistema internacional que él mismo diseñó. Transformar a América Latina en un socio estratégico fundamental significaría integrar la región en esta estructura de alianza y gobierno existente en un nivel mucho más alto de lo que es ahora. En consecuencia, Washington no solo tendría que impulsar la participación con sus contrapartes del sur, sino que también tendría que ayudar a crear un fortalecimiento similar en las relaciones entre sus aliados tradicionales en Europa y sus nuevos aliados en América Latina. Esta

combinación de menor necesidad y más dificultad para el éxito diferencia enormemente la situación con la que Londres encontró en 1900.

Sin embargo, el acercamiento anglo-americano nos obliga a reconocer que las similitudes que existen entre entonces y ahora tienen valor analítico. En particular, nos obliga a poner los cambios que ocurren en Estados Unidos y América Latina dentro de un contexto. Muy a menudo se mencionan los cambios simplemente como hechos importantes por sí mismos, pero si carecen de contexto, tienen mucho menor valor. Por ejemplo, en 2013 Brasil gastó 36 mil millones de dólares en defensa. ¿Qué significa esto? Sin una visión más amplia simplemente es otra estadística. El acercamiento anglo-americano nos proporciona una forma de construir esta imagen obligándonos a hacer algunas preguntas básicas. ¿Tiene la democratización de América Latina y su mayor gasto de defensa algún significado para el declive relativo y la demografía cambiante de Estados Unidos? ¿Sugiere la suma de estos cambios algo más potente que sus impactos individuales? Y, en su forma más simple pero profunda: ¿cuál es el futuro de las relaciones entre EE.UU. y América Latina en este mundo cambiante?

Una relación estadounidense-latinoamericana modelada a partir de la que existe entre Estados Unidos y Europa es una posible respuesta para esta pregunta. Sería engañoso sugerir que es la única solución, pero es una solución derivada de un uso informado y apropiado de la historia. Además, ofrece una lente clara y amplia estrategia a través de la cual configurar las relaciones estadounidenses-latinoamericanas en las décadas venideras —algo que ha faltado por muchos años. Por último, prescribe un papel amplio y sensible para América Latina dentro de los asuntos globales. Como socio estratégico fundamental, América Latina se convertiría en una parte importante del Oeste, obteniendo mayor acceso y control sobre el sistema internacional. A cambio, se esperaría que ayude a defender el sistema contra las potencias revisionistas y apoye la propagación de los valores occidentales en el extranjero.

A pesar de su simplicidad retórica, tal estrategia exigiría bastante tiempo y esfuerzo para establecerla. Pero esto no debe desanimar a Washington ni a sus contrapartes latinoamericanas de intentarlo. Con frecuencia el esfuerzo y la recompensa tienen una relación positiva, especialmente en política exterior. La historia, por tanto, tiene una limitación final. Ayuda a definir el problema, pero depende de nosotros poner en práctica la solución que revele. □

Notas

1. Hacia 1900 Gran Bretaña ya no era una superpotencia industrial y militar; sus mejores días eran cosa del pasado. De hecho, a fines de la década de 1870 la ventaja económica de Gran Bretaña ya se estaba evaporando. En muchas medidas industriales, Estados Unidos y Alemania estaban eclipsando rápidamente a Gran Bretaña. Por ejemplo, entre 1890 y 1907, la producción de acero de Gran Bretaña aumentó de 3,6 a 6,5 millones de toneladas. Sin embargo, durante el mismo período la producción estadounidense aumentó de 4,3 a 23,4 millones de toneladas mientras que la producción alemana aumentó de 2,2 a 11,9 millones de toneladas. Entre 1880 y 1906 tanto Estados Unidos como Alemania superaron a Gran Bretaña en la producción de arrabio. La tendencia continuó con la producción de carbón: la estadounidense igualó a la británica en 1900, y la de Alemania la igualó en 1914. La tendencia era evidente. Aunque aún era una potencia —Londres era la capital financiera del mundo, la libra esterlina seguía siendo la moneda de reserva mundial, e incluso en 1914 Gran Bretaña invirtió el doble de capital en el extranjero que cualquier otro país— en general el Reino Unido experimentaba un declive económico relativo. Aaron Friedberg señala, “Según un estimado, el crecimiento anual medio en Inglaterra entre las décadas de 1860 y 1880 fue de 2,4 por ciento. Para el período 1885–1905 esta cifra cayó a 1,9 por ciento”. Entretanto, entre 1870 y 1913, Estados Unidos creció a una tasa anual de 5 por ciento mientras que Alemania se expandió en 4,7 por ciento. El análisis de las mercancías que Gran Bretaña producía a principios de 1900 ofrece un contraste incluso más sombrío con sus rivales económicos. Según Fareed Zakaria, en 1907 Gran Bretaña fabricaba cuatro veces más bicicletas que Estados Unidos, pero Estados Unidos producía 12 veces más autos. La conclusión, observa Zakaria, es que “Habiendo encabezado la primera revolución industrial, Gran Bretaña había sido menos capaz para pasar a la segunda”. Aaron L. Friedberg, *The Weary Titan: Britain and the Experience of Relative Decline (El titán agotado: Gran Bretaña y la experiencia del declive relativo), 1895-1905* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1988), 25; y Fareed Zakaria, *The Post-American World (El mundo post-americano)* (New York: W. W. Norton, 2008), 175.

2. Friedberg, *The Weary Titan (El titán agotado)*, 171.

3. Para un desglose del mito, consulte James Bradley, *The Imperial Cruise (El crucero imperial)* (New York: Little, Brown and Company, 2009), 23–27.

4. Stephen R. Rock, *Appeasement in International Politics (Apaciguamiento en la política internacional)* (Lexington, KY: University of Kentucky Press, 2000), 32.
5. *Ibíd.*, 29-30.
6. "The Anglo-Japanese Alliance and the Future of American-British Relations (La alianza anglo-japonesa y el futuro de las relaciones estadounidenses-británicas", memorándum confidencial, 30 de marzo de 1921, en Documentos de Stanley K. Hornbeck, Caja 478, Carpeta: Escritos de la Alianza Anglo-Japonesa 1921, Hoover Institution on War, Revolution and Peace, Stanford University, California.
7. Rock, *Appeasement in International Politics (Apaciguamiento en la política internacional)*, 35.
8. Karen R. Humes, Nicholas A. Jones, y Roberto R. Ramírez, "Overview of Race and Hispanic Origin: 2010 (Panorama de raza y origen hispano: 2010)," Oficina de Censos de los Estados Unidos, marzo de 2011, <http://www.census.gov/prod/cen2010/briefs/c2010br-02.pdf>.
9. Frank Bass, "Nonwhite U.S. Births Become the Majority for First Time (Por primera vez nacen más estadounidenses no blancos)," *Bloomberg*, 17 de mayo de 2012, <http://www.bloomberg.com/news/2012-05-17/non-white-us-births-become-the-majority-for-first-time.html>.
10. Jesús Ruiz Mantilla, "Más 'Speak Spanish' que en España," *El País*, 6 de octubre de 2008, http://elpais.com/diario/2008/10/06/cultura/1223244001_850215.html.
11. Matt Barreto y Gary M. Segura, *Latino America* (New York: PublicAffairs, 2014), edición para Kindle.
12. "Democracy Index 2012 (Índice de democracia de 2012)", *The Economist*, 2013, https://portoncv.gov.cv/dhub/porton_por_global.open_file?p_doc_id=1034.
13. Los partidarios de las teorías de relaciones internacionales de segunda imagen sostienen que el factor determinante en el comportamiento de un estado es la composición interna del estado. Por lo tanto, las democracias actúan de forma diferente de las autocracias y es más probable que tengan intereses estratégicos comunes.
14. Todos los datos se han representado usando dólares estadounidenses constantes de 2011 como la moneda de medida. Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), "2014 Data on Global Military Expenditures (Datos sobre gastos militares globales)", http://www.sipri.org/research/armaments/milex/milex_database/milex_database. No se dispone de información de Panamá, Haití, Trinidad y Tobago, Costa Rica, ni Cuba.
15. HIS Jane's Intelligence Review, "Mexico's Plan to Send Military to UN Peacekeeping Missions Likely to Weaken Its Fight against Drug Cartels (El plan de México de enviar militares a misiones de pacificación de las Naciones Unidas posiblemente debilitará su lucha contra los carteles de la droga)", *Jane's*, 24 de septiembre de 2014, <http://www.janes.com/article/43691/mexico-s-plan-to-send-military-to-un-peacekeeping-missions-likely-to-weaken-its-fight-against-drug-cartels>.
16. Agencia France-Presse, "NATO Rules out Colombia Membership (La OTAN desestima la membresía de Colombia en la OTAN)", *Defense News*, 4 de junio de 2013, <http://www.defensenews.com/article/20130604/DEFREG02/306040013/>.
17. Philip A. Crowl, "The Strategists Short Catechism: Six Questions without Answers (El breve catecismo de los estrategas: Seis preguntas sin respuestas)", *The Harmon Memorial Lectures in Military History*, no. 20, 6 de octubre de 1977.



El señor Stephen Okin (Licenciado en Artes, Hamilton College; Maestría en Ciencias, University of the West Indies) es un estudiante graduado del programa de Estudios de Seguridad de la Universidad de Georgetown. Anteriormente enseñó inglés en Sevilla, España, y trabajó como redactor y editor en Mic.com. Escribe sobre política exterior en www.stephenokin.com, y es un apasionado de la gran estrategia estadounidense y de los asuntos latinoamericanos. En 2010, recibió una beca Fulbright para Barbados para estudiar proyectos de integración regional en el Caribe y alrededor del mundo.